

A whimsical illustration of a man in a red top hat and coat, holding a glowing spiral light in a city at night. The man is wearing a tall, red top hat with a gold band and a red coat with gold buttons and intricate patterns. He is holding a glowing, spiral-shaped light that illuminates the scene. The background is a dark, stylized cityscape with buildings and a street. The overall style is painterly and atmospheric.

Stories with Hat

Luciano Saracino
Poly Bernatene



Un diálogo para explicar este libro

-¿De qué están hechos los sombreros?

-Principalmente, de un círculo donde calzar cómodamente la cabeza y de un alero que rodea ese círculo. No es tan difícil, ¿verdad?

-¿Y entonces? ¿Por qué hacer un libro sobre sombreros? ¿Qué tienen de especial, si no son más que un círculo y un alero?

-Lo especial es todo lo que puedes guardar dentro de ese círculo (que es, en realidad, oscuro como un pozo, misterioso como un cofre y profundo como un océano). Hay espacio de sobra para esconder allí lo que quieras (y algunas cosas que no quieras, también). Es por ese motivo que los magos, las brujas y los abuelos usan sombreros: necesitan algo cómodo donde guardar todo lo que llevan dentro de sus cabezas. Este libro, de alguna manera, habla de todas las cosas que la gente guarda dentro del agujero de sus sombreros.

-¿Y en el alero? ¿Hay algo especial, en él?

-No. El alero está puesto para que las hadas se posen a descansar un rato después de hacer sus cosas. Nada más. No hay nada raro en él.

Campo de violín con atardecer en Fa Menor

Le decían *el loco del sombrero gris*, los que no sabían distinguir los colores.

Lo que tenía, lo llevaba con él, a saber: todo lo que alguna vez había visto pendía de cordeles, y su alma siempre aferrada con las manos. Nada más.

Los niños le gritaban verdades cuando lo veían pasar. Pero *el loco del sombrero gris* no sabía de verdades.

Los adultos murmuraban cabizbajos al toparse con él, sin mirar ni uno solo de sus globos/ miradas.

Los peces naranjas, que sí sabían el color de su sombrero gris, le silbaban canciones que el loco veía adentro. Y después seguían su rumbo acardumeado hacia donde fuera que van cuando se van.

Yo no era niño ni adulto ni pez, por aquellos años. Quizás por eso me fascinaba verlo pasar, todo historias y alma y sombrero. Lo seguía unos barrios sin hacerme notar, pero siempre al doblar alguna esquina me perdía y no lo volvía a ver. ¿Dónde vivía *el loco del sombrero gris*?

Una vez me regaló una de sus miradas. Era una hermosa mirada de un campo de violines durante un atardecer en fa menor (no puedo explicarla mejor; era su mirada). Até el piolín en la cabecera de mi cama y me dormí observándola (el campo de violín con atardecer en fa menor me provocaba sueños noviembre, y eso tampoco puedo explicarlo mejor; eran mis sueños) hasta que se fue achicando tanto que se volvió nada. Esa es otra de las cuestiones que nunca supe, de *el loco del sombrero gris*. Si sus miradas se le apagaban a todos o solamente sucedió conmigo.

Tiempo después -el tiempo es así- me encontré su alma abandonada bajo un abedul en un barrio más o menos cerca de acá. Brilló sin que nadie la levantase hasta que el barredor de almas pasó y la metió en su camión.

Nunca más volví a ver a *el loco del sombrero gris*.

Creo que luego de eso me volví niño

y adulto

y pez.





Hay sombreros que lloran historias de amor que se van con el otoño...



Hay sombreros que despiertan nuestra naturaleza...

El Sombrero Viajero (II)

Aquel caballero al que el viento le había birlado el Sombrero Ideal se quedó ahí, viendo cómo su preciado bombín subía y subía y subía hasta que, de tanto subir, ya no lo pudo ver más. Sucede con los sombreros y con los Amores, aquello. Y el caballero no supo qué hacer porque los caballeros nunca saben qué hacer, llegados al caso.

—Pero qué sombrero más chistoso —dijo la Luna, que no dudó ni un segundo en probárselo y en mirarse en un charquito del potrero de la esquina para ver si le quedaba bien—. Me gusta.

Y se lo quedó.

Cada tanto se espiaba en el espejo del charquito y sonreía al verse tan hermosa (aunque la Luna sabe que cuando se refleja en los charquitos de los potreros siempre se ve hermosa). Después se acomodó un poco en su lecho de noche y se quedó dormida, con el sombrero que hasta hacía solo un rato le pertenecía a un caballero que estaba ahí abajo, de lo más confundido y sin saber qué hacer.

Pero claro... una si es Luna no debería dormirse así como así, con un sombrero tan bonito en la cabeza, porque podría pasar lo que pasó: una estrella fugaz y absolutamente atolondrada pasó como tromba y ¡plaf! se llevó puesta a la Luna. El sombrero, claro, salió volando una barbaridad. Y la Luna, de tan enfadada que estaba con la estrella, se olvidó de él para dedicarle a ella una buena regañada.

¿Adónde fue a parar ese sombrero que salió despedido de la cabeza de la Luna?

¡Ah! Ahí lo veo.

Está cayendo.

Y cayendo.

Y cayendo.



El Payaso y la Luna

Era aquella una ciudad naranja.

Todo en ella era naranja. Casas naranjas, sueños naranjas y gatos naranjas.

Fue por eso que cuando se acercó el payaso no me sorprendió ver que su nariz no era roja.

-¿Qué hacés con esa luna atada de un piolín? -le pregunté al instante.

-Espero La Hora -me respondió, y como yo no tenía nada más que hacer, me puse a esperar con él.

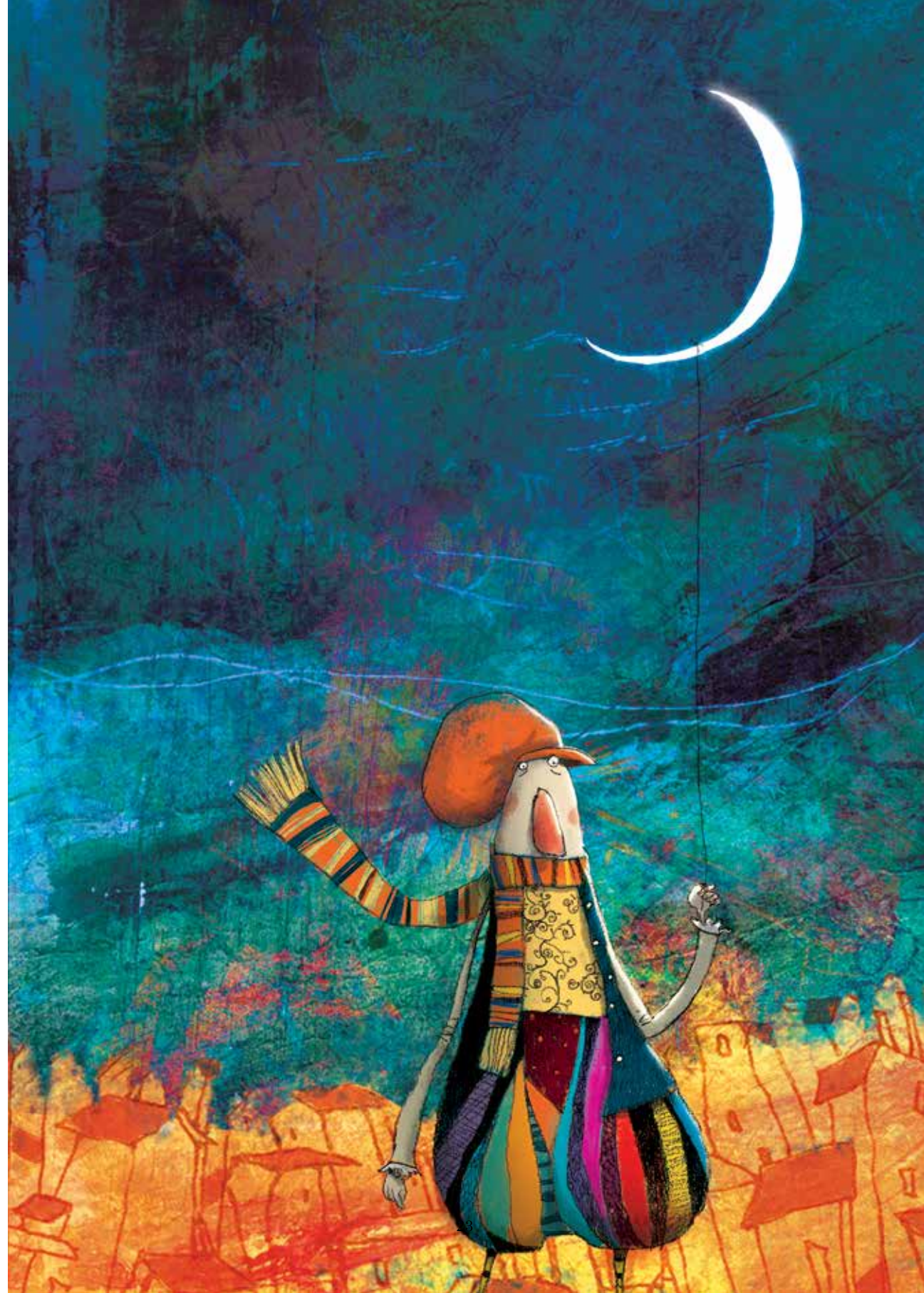
Cuando La Hora llegó, el payaso soltó el piolín y...

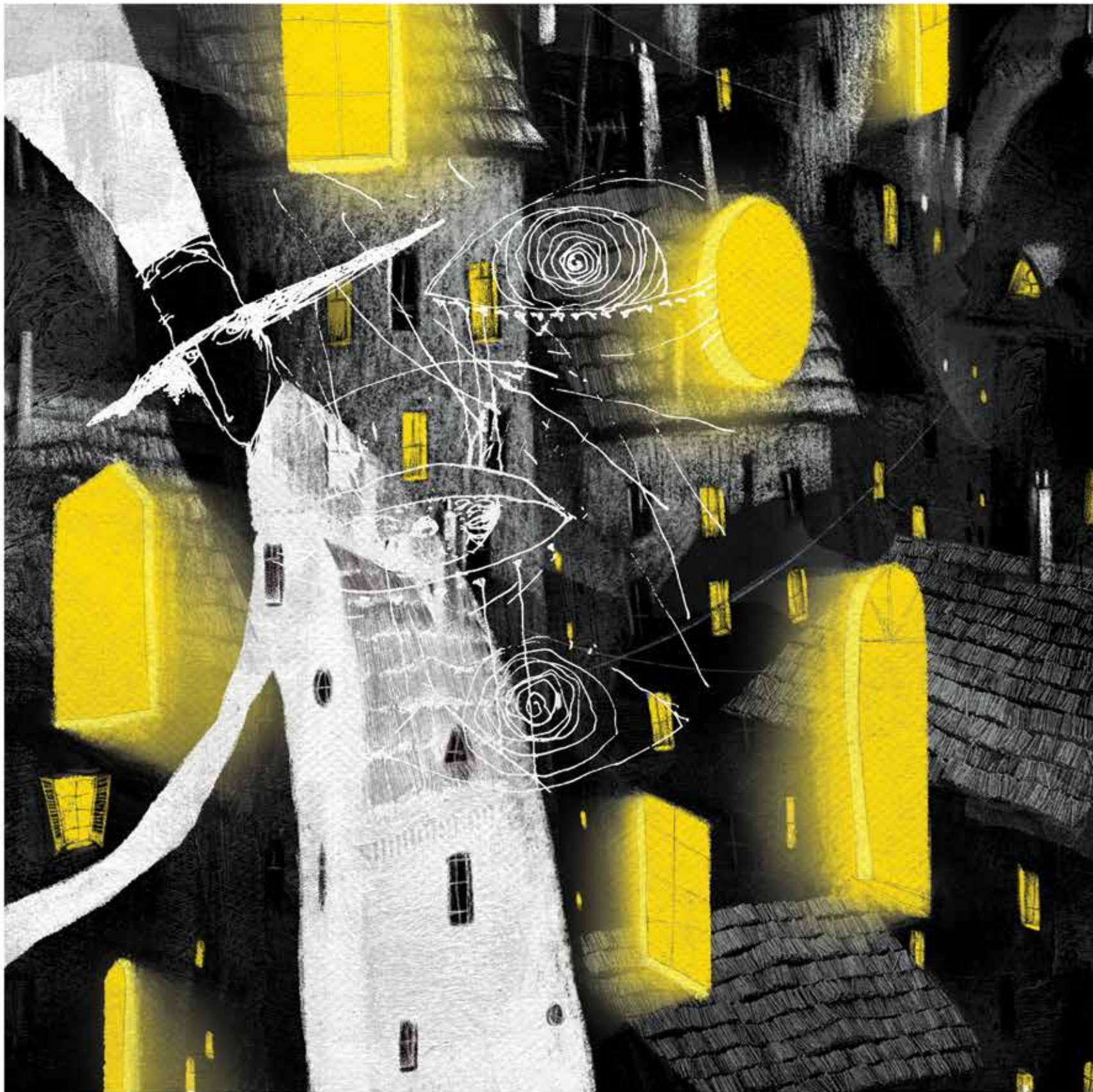
...la luna se fue volando a buscar su lugar en el cielo.

Luego nos saludamos y seguimos cada uno para un lado diferente.

Supe, entonces, que en las ciudades naranjas la luna es de los payasos.

Y que todas las noches la sueltan, a la hora exacta, para que le haga morisquetas y compañía a las estrellas.





El recolector de Lo Que Sobra

Camina la calle a esa hora en que nadie las camina, y las verás.

En cada luz encendida, hay algo que sobra. Algo que no debería estar ahí. Algo que ensordece de silencio.

Él lo sabe, y por eso recorre. No podrías verlo ni aunque pasara a través tuyo, pero aún así recorre.

No tiene nombre. No tiene un lugar al que ir una vez que el sol nace. Casi como si existiera tan solo durante ese par de horas en que nadie camina las calles de ninguna ciudad.

Usa un sombrero altísimo que tampoco nunca nadie llegó a ver y que tiene un nombre que ya era un nombre antiguo cuando alguien lo escribió por única vez, en Sumeria. Guarda en el interior de aquel sombrero las cosas que sobran. Las que no deberían estar. Las que ensordecen de silencio.

Ruega porque pase por tu calle, si te sobra algo esta noche.

Deja tu ventana encendida para que te vea de lejos.

Y agradece si se lleva lo que tiene que llevarse.

Aunque nunca lo veas.

Aunque nunca sepas adonde va ni qué hará con eso que se lleva cuando el sol despeina las antenas y sientas que ya nada te sobra

y te puedas volver a dormir.



El Sombrero Viajero (V)

-¿Se te ha perdido algo, pistolero? -escuchó el caballero que le decían. Y si bien nunca antes nadie le había dicho pistolero, supuso que le estaban hablando a él más que nada porque no había nadie más, en aquel árido lugar.

-¿Pero qué tipo de pregunta es esa? -saltó de indignación.- ¡Claro que se me ha perdido algo! Y no solo eso; ¡se me ha perdido mi Sombrero Ideal!

Haciendo un ruido de tintineo que el caballero nunca había escuchado hacer a ningún otro par de botas de ningún otro lugar, el hombretón que le había hablado se acercó y refunfuñó al quedar junto a él. Luego pareció masticarlo, más que mirarlo. Y, cuando creyó que era un buen momento para hacerlo, habló:

-Vaya que la tienes difícil, amigo. Perder el Sombrero Ideal es un asunto de verdadera importancia. Si lo sabré yo.

Y pareció recordar antes de ponerse a cantar con una voz que nada tenía que ver con su aspecto fortachón.

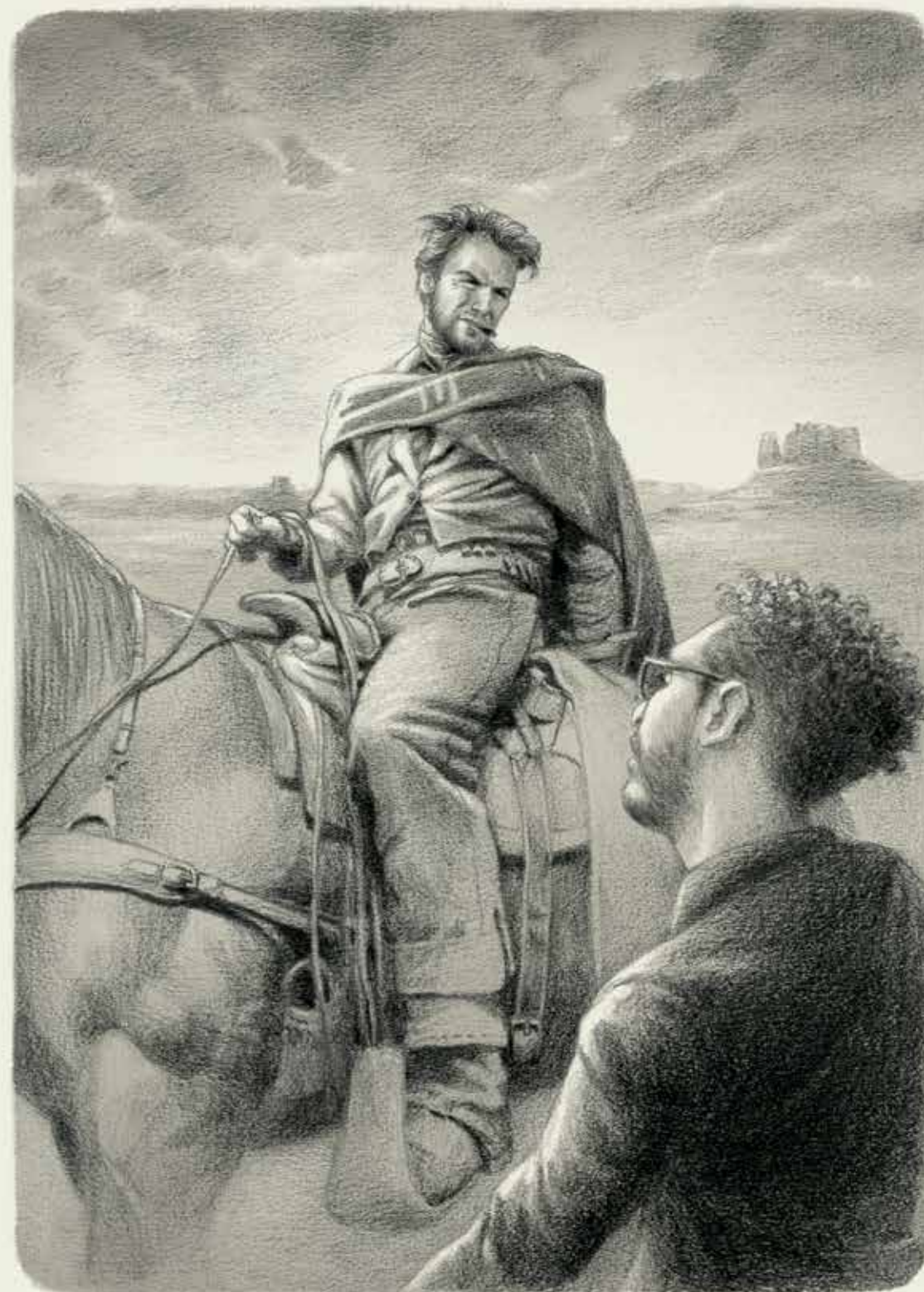
Yo tenía un buen sombrero
Y vaya si era bueno, caballero.
Me protegía del viento, la lluvia y el sol
Pero más que aquello, hacía que me sintiera mejor.

Tenía agujeros de balas, de flechas, de amores
Tenía tierra de absolutamente todos los colores
Era mi amigo, mi socio, mi mejor compañero
Era todo lo que uno puede pedirle a un sombrero.

Pero un martes cualquiera mi amigo se fue
Y ya no hubo nada que yo pueda hacer.
¿Has visto un vaquero que no use sombrero?
¿Has visto una historia más triste y cruel?

El hombretón que antes había sido vaquero ahora parecía un niño sin consuelo. Al caballero le dio un poco de pena, verlo así. Pero también sintió que tenía que encontrar cuanto antes el Sombrero Ideal que el viento le había birlado. Aquello se había vuelto, más que nunca, una cuestión de honor.

Trotó un poquito hasta el final de esta página. Y siguió buscando.
Porque, lo sabía, ya se estaba acercando el final.



El regalo de mi abuelo

Un día mi abuelo me trajo de regalo una caracola que tiene el ruido del mar encerrado adentro. Después me dijo que tenía otro regalo que era más mágico aún, y me regaló su sombrero. Es un sombrero bastante viejo y común, como mi abuelo, pero si uno le acerca la oreja, te cuenta historias.

Son historias fascinantes, de lugares lejanos y tiempos remotos.

En ellas, a veces la abuela es joven y el abuelo le canta canciones de amor o le baja naranjas de las ramas más altas o pesca estrellas a las que bautizan antes de dejarlas ir. Otras veces se escucha el grito de un gol o pedacitos de películas en blanco y negro. Paseos en bicicleta. Olores a guisos. Atardeceres en puertos de Italia.

Yo estoy fascinado con el sombrero de mi abuelo. Tanto, que un día le pregunté dónde se enchufaba. Mi temor es que un día se quede sin historias y...

—No se preocupe, m'hijo —me respondió—. Ese sombrero estuvo en mi cabeza durante una pila de años. Es normal que se le hayan quedado enredados algunos de mis recuerdos más lindos. No creo que se quede sin historias durante el rato que vos tengas ganas de escucharlo. Ahora soy un hombre grande que escribe cuentos para chicos. Tengo guardados en mi estudio la caracola y el sombrero, entre cajas con historietas y cables y fotos viejas, aunque hace muchos años que ya no tengo a mi abuelo.

Claro que lo extraño.

Pero me encanta cómo suena el sonido del mar cuando mi abuelo —y su sombrero— me cuentan historias de verdad.



Hay sombreros que iluminan lo que queda del camino.

Hay sombreros que se hicieron para iluminarte a vos.

